

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 10 noviembre 1913).

MITOLOGÍA Y DEMAGOGIA

(ARABESCO)

Me escribe un lector de estos mis arabescos —ó mosaicos, según él dice—una carta en que quiere dejarme entender más que me diga. Y al acabar, añade: «A buen entendedor...» ¡Gracias, amigo mío! Y le llamo amigo porque tengo por tales á cuantos se dirigen á mí y no para algo que á ellos solos les interesa, y aun cuando sea para vituperarme.

Este mi desconocido amigo lector me echa en cara el uso y hasta el abuso que, según él, hago yo de cierta mitología. Pero yo le demostraría que no pocos de los conceptos científicos de que él se sirve—pues el tal lector amigo me huele á hombre de ciencia—no son sino conceptos míticos.

Parece sacarle un poco de sus casillas el que yo hable del trabajo como de un castigo impuesto por Dios á nuestro primer padre, en expiación de haber probado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y á esto principalmente se refieren sus observaciones acres sobre la mitología y el simbolismo. ¡Pero es que no ha oído hablar de símbolos matemáticos, y químicos, y biológicos! ¡Es que el representar el agua por 4^{to} no es tan simbólico por lo menos! Me dirá que en otro sentido. Bueno; ¡adelante!

Parece molestarle, digo, el que hable yo del trabajo como de un castigo, y me dice que son muchos, pero muchos los que tienen un amor puro y alegre—es él, mi lector amigo, el que subraya este epíteto de alegre aplicado al amor—al trabajo y lo aceptan, ó mejor que lo aceptan, lo buscan con ansia y deleite. Lo cual no empece en nada á lo que yo sostenía, y más bien lo confirma.

¡Sí, amigo mío, hay quienes sienten un amor puro y alegre al trabajo; pero es porque sienten un amor puro y alegre al castigo; es porque quieren el castigo. Afirmación que le hará á usted saltar, me figuro.

¿No ha oído usted hablar nunca del derecho al castigo? Pues esta doctrina es algo que se llevaba allá en los tiempos del ingenuo krausismo españolizado. Doctrina de fondo místico—¡ya salió el coco!—como tantas otras de aquel generoso krausismo, que si llegó á prender algo en nuestra tierra espiritual de España fué precisamente por las raíces religiosas, pietistas, místicas que traía consigo. Todo aquel panenteísmo y toda aquella visión en Dios no cuadraba del todo mal con nuestro catolicismo radical.

¡Sí, entonces se habló aquí del derecho al castigo. Derecho que ejercitan los que se mortifican, disciplinándose, ayunando ó de cualquier otra manera.



Incluido en
"Inquietudes
y meditaciones"



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



Me temo que ante esta referencia mía á la ascésis fuerza usted el gesto, si es que me da un respingo, como ante eso que usted llama mi «ambigua afición á la mitología», y que atribuye usted á no sé qué zorrería cazurra con que se complace en decorarme. Pero no, amigo mío, mi afición, ó mejor, efecto á esa que usted llama mitología y á cierta forma de ascésis, arranca de otras raíces. Ni me ha dado más de comer ni me ha procurado más promoción en mi carrera que me hubiese procurado la posición contraria.

Acas osea zorrería, pero la de un zorro que se ve cogido en un cepo terrible y teme no poder escapar de él con vida. Y si hay zorro que con tal de escapar del cepo deja en él la pata, hay cepo del que con tal de escaparse vale la pena de dejar en él lo que usted llama la razón.

Y volviendo á nuestro tema, le diré que hay quien acepta y abraza el trabajo alegremente, con tanta alegría como se dedica á él un buen trapense, y sin embargo, lo acepta como castigo, con la alegría con que se acepta un castigo que se sabe merecer. O un consuelo que nos libre de algo pavoroso. Como se acepta, en fin, ciertas operaciones quirúrgicas.

Y no me venga usted con la monserga esa del pesimismo. Ya le he explicado á usted, como á mis demás lectores, que yo no soy pesimista. Y tenga en cuenta, además, que muchos de los que hablan de la vida como de un mal, es porque la quieren, porque suelen quererla más apasionadamente que los que repiten la vaciedad esa de *la joie de vivre*. Figúrese usted un tan heroico criminal, un criminal que se vuelva tan santo, que acepte alegremente la muerte á que se le condena como un castigo que apetece y acepta hasta con alegría. Es el caso de San Dimas, de aquel buen bandolero, uno de los santos más heroicos, que confesaba en la cruz haber merecido su muerte ignominiosa, y tuvo la gloria de morir junto al Cristo y de que éste le canonizara; el único, que yo sepa, canonizado por Cristo. Pues bien; así como San Dimas, el Buen Ladrón, condenado á muerte, aceptó ésta, su castigo, con gratitud y alegría, puede haber, y de hecho hay, condenados á vida, que creyendo á ésta una especie de castigo, la aceptan alegre y agradecidamente. Y con ella el trabajo.

El trabajo se toma ó como castigo ó como juego. Proposición ésta que sé le hará dar á usted otro respingo y protestar contra el dilema. Y es fácil que me saque usted á relucir lo del deber, y acaso la misión de cultura, y hasta el imperativo categórico. Y ahora es á mí á quien me toca respingar.

Porque, sí, sí, amigo, sí; conozco esta otra martingala categórica. Con ella le dice á uno su conciencia—una conciencia categórica también—que su verdadera misión cultural es llenar tal otro oficio que aquel por el que se le paga, y hace, en efecto, el que más es mejor.





le entra en ganas, y no el otro. Pero cobra por los dos, por supuesto. (Y aunque sólo cobre por el que no hace, cobra mal). Combinación altamente imperativa y no menos categórica: pero, sobre todo... política. Y es lo que decía aquel ingeniero naval que, viviendo á cien le-

guas de la costa, cobraba por trabajar en la construcción de un crucero de guerra: «Para lo que ha de servir! ¡Ya verán ustedes cómo se va á pique apenas sale á navegar!» Y él, el que decía esto, no se iba á pique. (Claro está que este caso es una parábola metafórica.)

«The right man in the right place»: el hombre que más conviene en el puesto que le conviene mejor. Así me decía otro categórico, refiriéndose á sí mismo, por supuesto. «The right man» era él, y en cuanto á «the right place», era la que él, en su conciencia imperativa, se había adjudicado, no aquella que Dios, como castigo, le impuso por medio de la sociedad, organizada en Estado, en que él vivía.

Y luego, amigo mío y censor, puede darse el caso de que alguno de esos «right man», hombres aptos, que se señalan á sí mismos su «right place», el lugar para el que más aptitud crean tener, nos hable de la competencia relacionándola con la democracia. Pero, la verdad, la verdad, sin mentir, acá para entre los dos, donde nadie nos oye, ¿no cree usted, amigo mío, que no le faltaba razón á Mr. Faguet—creo que fué él—al decir que la democracia se distinguía por su culto á la incompetencia? No se me altere, señor.

Ya sabrá usted aquello de que la democracia es el gobierno de los oradores. O, si usted quiere, de los demagogos. Es decir, que la democracia suele ser demagogia en el sentido primitivo y más etimológico de este vocablo. Y el demagogo, el conductor de muchedumbre—¿adónde?—suele ser un político que se asigna su propio lugar adecuado, su *right place*.

Y en cuanto á trabajar, ya sabe usted aquella tan paradójica expresión del cínico: ¡Lo que trabajan los hombres por no trabajar!

Y cónstele que todo esto que le digo no es juego.

Miguel de Unamuno.

[Los Lunes de "El Imparcial", Madrid 10.XI-1913]

